

OJOS AZULES

Oscar Iriani Montes

OJOS AZULES



Oscar Iriani M.

Capítulo 1

Sabía que era cosa de días o quizás horas. La vida se le arrancaba del cuerpo y no podía hacer nada.

Esa maldita enfermedad lo estaba consumiendo sin que pudiese hacer nada. Pero no quería pensar en el final. Solo deseaba pensar en el inicio; en el comienzo de sus tiempos felices.

Capítulo 2

Era la primera misa que realizaba en la parroquia de "Jesús Nazareno" luego de que las autoridades de la orden de los Trinitarios lo trasladaran, por sus buenos oficios y noble vocación, desde el monasterio de San Carlos a Santiago, a cumplir con su misión apostólica.

Luego de la consagración, mientras bajaba con un suave gesto el "cuerpo y la sangre de Jesús", reparó en una de las primeras filas de feligreses, ubicadas en la nave central, que asistían a su liturgia. Era gente elegante, de clase — Familias "bien"— pensó. Se detuvo ante un par de ojos azules que brillaban como hipnotizados ante sus gestos. Fue ese brillo penetrante el que le hizo detenerse, perder la noción del tiempo; pasó un par de minutos antes de poder continuar con el rito.

Eran tiempos en que el reloj dictaba otros ritmos. Se vivía al pulso de la contemplación y la buena vida; había tiempo incluso para la reflexión. La gente disfrutaba la ciudad, se saludaba mientras paseaban los domingos por parques y alamedas; los amigos se juntaban solo para conversar y las reuniones familiares se disfrutaban sin apuros.

Los sacerdotes no solo cumplían con sus liturgias; su misión evangelizadora se extendía también hacia el interior de los hogares. Visitaban y compartían con sus feligreses al calor de preciadas tazas de té y deliciosos confites.

Federico no era la excepción. Los domingos, luego de terminar la misa del mediodía, partía a visitar a las familias más cercanas. Durante mucho tiempo mantuvo el mismo ritual, sin embargo, cada vez las visitas se centraban más en la familia de María, la muchacha de centró su atención aquel domingo, relegando al resto de las familias a sus tiempos de sobra.

No tendría más de 16 o 17 años, buen porte, melena rubia, hermosas facciones y gestos angelicales; en contraste, su carácter decidido y algo autoritario, proyectaba el equilibrio perfecto para una mujer de los tiempos que se vendrían.

En el salón, junto con hermosos adornos de plata inglesa, cuadros de destacados pintores nacionales de fines del siglo XIX y muebles de época, heredados de generaciones pasadas, resaltaba una hermosa imagen; era la foto de su "presentación en sociedad". Su cabello perfectamente peinado, la piel tersa; la transparencia de sus ojos hacía juego con unos hermosos aros de brillante y esa sonrisa le recordaba a Federico "La Gioconda", que tantas veces vio cuando visitaba el museo del

Louvre en sus viajes a la sede principal de los Trinitarios.

—Es mi foto de los 16 años; fue una linda fiesta, con las mejores familias de Santiago; usted sabe. Qué lástima que no haya estado aquí para acompañarme. Mire, apareció en la revista Zig-Zag incluso... — le dijo con un dejo de sumisión pero al mismo tiempo de coquetería oculta mientras le acercaba el ejemplar de la revista. Federico sonrió con algo de nerviosismo.

Durante las liturgias, sus miradas se cruzaban cada vez con más intensidad; ya no eran fortuitas o resultado del azar. Eran un acto de complicidad oculta que, sin embargo, le generaban a Federico grandes contradicciones. Sentía que era una prueba de Dios a su voluntad y vocación sacerdotal.

Una oscura tarde de otoño, Federico llegó a la casa de María a visitar a la familia, como lo venía haciendo los últimos meses. Luego de golpear, se abrió la puerta y apareció ella.

—Hola Padre, ¿cómo está usted? Que bueno que llegó, estoy preparando un delicioso té inglés.

Federico no alcanzó a darse cuenta cuando María ya había cerrado la puerta a sus espaldas, se encontraba dentro de la casa y, acompañado del brazo de María, caminaban hacia el salón principal.

—Muchas gracias María. ¿Y tus padres, están en casa? ¿Qué es de tu hermano? No lo veo hace tiempo — Dijo Federico con un dejo de preocupación y cierto nerviosismo.

—Salieron Padrecito... ¿Le molesta si lo llamo por su nombre? — Dijo María con un brillo especial en los ojos — Fueron a visitar a mi tía Vicky — y mientras le respondía, lo miraba profundamente mientras le servía una humeante tasa de buen té. Conversaron latamente.

María se levantaba, se sentaba, atendía a Federico con gran interés por complacerle y cada vez, se le acercaba más.

En ese momento Federico comprendió que la situación estaba al límite de lo razonable, al menos para él; sin embargo, no quería desertar; no quería que el tiempo avanzara, se sentía tan bien a su lado que esperaba que ese momento se perpetuara.

María se le acercó, Federico sintió su aroma, y se le erizó la piel. Presentía lo que iba a suceder. Mientras se dejaba llevar por el momento y perdía la conciencia, se abrió la puerta, y aparecieron los padres de María. Despertó bruscamente del encanto y se acomodó desconcertado tratando de retomar la compostura. Lo saludaron con mucho afecto y continuaron

la tertulia hasta avanzadas horas de la noche.

Federico no pudo dormir esa noche. Sentía que había fallado. Se cuestionó todo. Tantos años de preparación, dedicados a servir a Dios; en ese momento, su mundo se tambaleaba. Decidió que debía alejarse de María; necesitaba pensar. Reflexionar y abrir su corazón.

Compró un pasaje a su tierra natal sin fecha de vuelta. En el convento de la orden de Buenos Aires, podría tomar distancia y pensar en lo que estaba pasando, en lo que estaba sintiendo. ¿A quién debía hacerle caso? ¿A la razón o a su corazón? Lo que tenía claro era que ambos le decían cosas radicalmente distintas.

Ya en Buenos Aires, recordó los tiempos de su infancia y de su vida en el campo junto a sus padres y sus ocho hermanos. También recordó el día en que, siendo aún un niño, su madre lo separó de sus hermanos y lo envió al seminario. No entendía la decisión de su madre ¿Por qué no lo quería junto a ella? ¿Por qué dejarlo solo en un enclaustramiento que él no había pedido? Nunca pudo obtener una explicación de su madre, pues al poco tiempo, ella moriría sin siquiera poder despedirse de él.

Años más tarde, a fuerza de golpes y desengaños familiares, entendería muchas de las razones que la llevaron a tomar esa dura decisión. Su madre fue una mujer sabia, y él dedicaría su vida contemplativa a Dios y a ella.

Se entregó por semanas y meses a la oración y reflexión; tuvo largas conversaciones con el padre Diego, su guía espiritual, pero ¿qué podría saber él del amor a una mujer si jamás lo había experimentado? Conversó con su padre y sus hermanos, pero no hubo consenso. Algo le decía que, nadie más que él, podría encontrar las respuestas que necesitaba. Esas respuestas solo las encontraría enfrentando su realidad.

Capítulo 3

Cuando volvió a Santiago, nadie lo esperaba en el aeropuerto. Al llegar a la oficina parroquial, todos se sorprendieron; lo hizo sin su hábito monástico. En su maletín traía el alzacuello y las otras prendas del hábito. Sin embargo, fue muy bien recibido. Su sorpresiva partida había generado preocupación en la comunidad; se había ganado rápidamente el cariño y el respeto de todas las familias que asistían habitualmente a la parroquia; la falta de respuestas concretas por parte del párroco, había generado desconcierto en la comunidad.

Federico habló con el párroco y le solicitó un tiempo antes de continuar realizando misas. No había encontrado las respuestas que esperaba y necesitaba un tiempo más de reflexión. Su superior aceptó a regañadientes, pero le solicitó o más bien exigió que al menos cumpliera con las visitas familiares —“es lo menos que puedes hacer, te han extrañado mucho y te necesitan”— le dijo, golpeándolo cariñosamente en la espalda. Federico justamente era a lo que más temía, volver a ver a María, sin embargo tenía que cumplir con los votos de obediencia.

Volvió a la rutina habitual de visitas, con todas las familias de su parroquia, pese a que su corazón seguía dividido. Decidió que no volvería a dudar y sería fiel a sus sentimientos. Hacía misa todos los días a las 9:00 de la mañana y los domingos al mediodía. María ya no iba a la parroquia, y eso lo tenía más tranquilo, o al menos eso creía.

Un domingo, mientras caminaba por Manuel Montt, en una esquina se encontró de golpe con María. Lo miró con su mirada penetrante, pero esta vez el brillo fue distinto. Breve y frío. Federico se acercó a saludarla pero María pasó por su lado, continuando su camino como si no lo hubiese visto, como si no existiera. Sintió que el cielo se le caía a pedazos.

Volvió a la parroquia demolido y se encerró en su cuarto por días.

Luego de una semana, se levantó. No tenía dudas. Sabía lo que tenía que hacer. Se vistió y salió de la parroquia con decisión.

Capítulo 4

Postrado en su cama, y con enormes dificultades para respirar, supo con certeza que su momento había llegado. Después de 35 años, no sentía tristeza ni arrepentimiento, sino una enorme satisfacción. Había sido fiel a su corazón y a sus instintos. Había sido consecuente con su real vocación.

Volvió a mirar esos ojos azules que tanto había amado y no dejaría de amar jamás; a sus hijos y a sus nietos. Sintió que Dios lo había acompañado en cada momento de su vida. Sabía que no se había equivocado y que no le había fallado.

Se iba en paz, con la tranquilidad de haberle entregado lo mejor a Dios y a su amada familia.